La vida espiritual del laico

En un mundo tan lleno de actividad y con un ritmo tan frenético de vida, el seglar se enfrenta a un desmedido número de imágenes y sonidos que alteran fuertemente su vida, normalmente alejándolo de un ambiente de paz y de armonía.

VIDA ESPITIUAL II: LOS SACRAMENTOS

La vida espiritual del laico

En un mundo tan lleno de actividad y con un ritmo tan frenético de vida, el seglar se enfrenta a un desmedido número de imágenes y sonidos que alteran fuertemente su vida, normalmente alejándolo de un ambiente de paz y de armonía.

Suele suceder que un católico que trata de vivir más profundamente su fe, es tachado en su propio ambiente como “mocho, curita, rezandero” y más apodos que suelen ser como una tapadera para el común de las personas que viven alejadas del mundo espiritual.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

¿Dónde debe de quedar Dios en la vida de los laicos? ¿Por qué se suele hacer mofa de aquellos que tratan de llevar con elegancia su vida de unión con Dios?

No es sencillo, hoy en día llevar una vida espiritual fuerte que proyecte el alma al interior y no al exterior, es un ejercicio que exige que el católico se adentre en sí mismo, dándose tiempo para rezar y forjando su voluntad para llevar un horario donde pueda acudir a la fuente de las gracias, que es Dios.

Se puede justificar cualquier persona, asumiendo infinidad de compromisos, para no rezar y para llevar la fiesta en paz. Pero la realidad es que quién no reza, pierde mucho, porque la oportunidad que tenemos día a día, de recibir a Jesucristo en la Eucaristía, es algo incomparable

INDICE

1.- EL BAUTISMO

2.- COMUNIÓN O EUCARISTÍA

3.-LA CONFESIÓN O PENITENCIA

4.- VOCACIÓN Y DISCERNIMIENTO

-BAUTISMO-

¿Por qué bautizar a los niños? Que lo hagan más tarde

¿Hace falta ser consciente del sacramento para recibir el bautismo?...¿No es un atentado a la libertad pedir el bautismo por él? ...¿Correr el riesgo que en la edad adulta se desbautice si no se adhiera a la fe católica? ...Hay muchas preguntas que se plantean a muchos hoy frente al bautismo de los niños.

"Dejad que los niños se acerquen a mí, dice Cristo, y no se lo impidáis pues el reino de los cielos les corresponde a ellos" (Marc 10,14). Este pasaje del Evangelio (que figuraba probablemente en las primeras fórmulas del bautismo), muestra cómo a los niños les pertenece el reino de Dios- pues son los más aptos para recibir el bautismo, este nuevo nacimiento, la entrada en el reino de los cielos. Al igual que el Señor, la Iglesia acoge así a los niños y

pide a los padres que bauticen a sus hijos en las primeras semanas o meses. De hecho, desde los primeros tiempos de la Iglesia han tenido lugar los bautismos de los niños. Forman muy pronto parte de la Tradición de la Iglesia.

¿Pero por qué tal deseo de la Iglesia? ...

Bautizar a un pequeño es ante todo manifestar el amor preveniente de Dios para todo hombre.
Dios no espera que el hombre tenga algún mérito para amarlo gratuitamente. El recién-nacido no puede manifestar sus cualidades, su fe o sus buenas acciones... Es acogido como hijo de Dios solamente por la gracia y a causa del amor de Dios, su Creador. Por eso nada manifiesta mejor la gratuidad de la salvación que el bautismo de los niños. El Papa Juan Pablo II lo recuerda así:
"El bautismo de los niños revela el amor universal de Dios. La Iglesia confiesa que Dios ama a todos los hombres, en cualquier edad (...) Proclama además que el amor de Dios es un amor preveniente y gratuito: el Señor ama al hombre incluso antes de que tenga conciencia de este amor, algo así como los padres que han tenido un hijo. Todo ser humano tiene valor porque es persona, llamada por Dios al Reino de su Hijo.

No hay mérito en bautizarse a una edad u otra, y contrariamente a lo que se oye decir a veces, no hay más mérito en bautizarse de “adultos”. El bautismo no es cuestión de mérito sino de gracia. Ahora bien,

esta gracia de Dios se manifiesta magníficamente en el bautismo de los pequeños.
Para un cierto número de personas hoy, bautizar a un bebé, es ir contra su libertad. Sería mejor, dicen, no dar el sacramento nada más que en la edad en la que el compromiso es libre y es posible. Razón: evitar que cristianos bautizados de niños se hagan infieles como consecuencia de las promesas de su bautismo. Algunos padres prefieren dejar la elección a su hijo.

Otros dicen que bautizar a un niño no es un atentado a su libertad, como tampoco darle nacimiento humano y educarlo en valores.
¿Qué responder? ...

Por una parte, la libertad no es ausencia de todo condicionamiento. Hacen falta ciertas condiciones-manifestadas en las elecciones que los padres hacen durante un tiempo por su hijo-para que éste forje su personalidad y pueda ejercitar su libertad.
Pero sobre todo lejos de ir contra su libertad, el bautismo se considera en la Iglesia como la fuente de toda libertad verdadera. En la Biblia, esta verdad fundamental se ilustra por la travesía del Mar Rojo y la liberación del pueblo de Israel que anuncia la liberación obrada por el bautismo. Mientras no se está bautizado, se permanece cautivo del pecado y del diablo como los hebreos eran cautivos del Faraón antes de atravesar el Mar Rojo. La entrada en la vida cristiana lejos de ser opresión, es el acceso a la "santa libertad de los hijos de Dios" (cf.

Romanos 8). St Pablo recuerda así que *"gracias a Cristo somos libres"* (Gálatas 5,1).

Los niños, al igual que todos los hombres, necesitan recibir el bautismo para salvarse pues en cuanto seres humanos, están marcados por el pecado original. *"Al nacer con una naturaleza humana [...] unida al pecado original, los niños necesitan el nuevo nacimiento en el Bautismo para librarse del poder de las tinieblas u ser transferidos l mundo de la libertad de los hijos de Dios, a la que están llamados todos los hombres.*
La Iglesia se apoya también en las palabras del Señor « *"Quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios"* (Jn 3,5) para afirmar que los niños no deben ser privados del bautismo. Estas palabras tienen una forma tan general y tan absoluta que la Iglesia las ha retenido Para establecer la necesidad del bautismo en particular para los niños: también para ellos, el sacramento es la entrada en el Pueblo de Dios y le dé la salvación personal. Así la Iglesia muestra que no conoce otro medio que el bautismo para asegurar a los niños la entrada en la beatitud eterna; por eso se guarda de no descuidar la misión que ha recibido del Señor de hacer renacer del agua y del Espíritu a todos los que pueden ser bautizados.

En consecuencia tiene la seguridad para la salvación de los niños bautizados, muertos tempranamente.
En cuanto a los niños muertos sin haber recibido el bautismo, la Iglesia los confía a la misericordia de Dios.

Por eso si se considera que el bautismo es el fundamento de la existencia cristiana, ¿por qué retardar la entrada en esta existencia y privar al niño de esta vida cristiana antes de que él pueda decidir? ...

Padrino o madrina: ¿cuáles son las condiciones?...

Para ser padrino o madrina del bautismo, hace falta haber sido elegido por la persona que va a ser bautizada o por sus padres (o los que ocupan su lugar) o, si faltan, por el sacerdote.
Esta persona no puede ser el padre o la madre del niño y la Iglesia pide que tenga 16 años como mínimo. Es necesario además que esta persona tenga las aptitudes y la intención de cumplir con su función.
Para cumplir esta bella misión, el padrino o la madrina debe ser católico, confirmado, haber recibido ya el sacramento de la eucaristía y llevar una vida coherente con la fe y con la función que va a asumir.
La Iglesia pide sólo un padrino o madrina del bautismo. Si se elige para el futuro bautizado un padrino y una madrina, basta que uno entre ellos responda a las demandas de la Iglesia, es decir, que esté confirmado. La otra persona (el padrino o la madrina no confirmado) será entonces considerado como “testigo” del bautismo.

¿Puedo dar a mi hijo dos madrinas mejor que un padrino y una madrina?

La elección del padrino y de la madrina es muy importante para los padres, pero sobre todo para el niño que se va a bautizar. La misión del padrino y de la madrina es de apoyar a los padres, de educar al niño en armonía con los padres *(es la expresión del canon 872 del código de derecho canónico)* y hacerlo de tal suerte que el bautizado lleve más tarde una vida cristiana de acuerdo con su bautismo. Es porque el padrino y la madrina actúen de acuerdo con los padres, apoyen a los padres que deben ser "como" los padres, a imagen de sus padres: una pareja compuesta por un hombre y una mujer (sin ser forzosamente una verdadera pareja), para que cada uno pueda aportar su riqueza al bautizado.
El código de derecho canónico insiste en ello , es porque el canon 873 prevé que "un solo padrino o una sola madrina, o un padrino o madrina sean admitidos". Es pues uno u otra y los dos juntos, pero no dos padrinos o dos madrinas.
Eso no impide que la que había sido presentida para ser la segunda madrina pueda desarrollar un lazo particular con el niño y contribuir a su educación cristiana.

¿A QUÉ EDAD SE DEBE HACER LA PRIMERA COMUNIÓN?

La edad a partir de la cual un niño puede recibir el Cuerpo de Cristo es a veces tema de discusiones en las parroquias entre partidarios de la preparación en el son del catecismo y los padres que desean que su hijo haga su primera comunión lo antes posible, considerando que está suficiente listo.
En cuanto el niño va a la misa en familia desde su más tierna edad, y anhela con toda su alma y fe recibir el Cuerpo de Cristo, ¿por qué hay que esperar tanto tiempo? ...
Al inicio del siglo XX, la Iglesia admite que los niños que han alcanzado la edad en la que empiezan a razonar, es decir a los 7 años, arriba o abajo, hagan su primera comunión.

Hoy es siempre la edad de la razón (hacia los 7 años) que es la edad de referencia partiendo de la cual es preciso que los niños estén preparados para acceder a la comunión. Sin embargo, esta «edad de razón» es teórica y diferente según cada niño. Igualmente que el grado de conciencia del sacramento y la preparación a éste son diferentes para los dos niños de la misma edad.
Para que un niño pueda recibir la Eucaristía, hace falta que tenga un cierto conocimiento del cristianismo y haya hecho una preparación profunda. Lo más importante es que comprenda el misterio de Cristo según sus capacidades y pueda recibir el Cuerpo del Señor con fe y devoción (sobre todo que sepa distinguir el pan eucarístico del pan ordinario y corporal).

En la práctica es necesario también tener en cuenta diferentes factores que son a veces opuestos.
Por un lado, cada niño es diferente y hay que adaptar la preparación, la dispensación de los sacramentos
en el caso particular de cada uno. Por otro lado, los sacramentos son recibidos en la iglesia y una cierta pastoral común y necesaria.
La regla bastante extendida es celebrar la primera comunión para niños. El ideal sería poder distinguir el caso de los niños que van regularmente a la misa y un apoyo familiar en la fe, de los que no participan nada más que raramente en la eucaristía pero que están inscritos en el catecismo y cuyos padres piden que hagan su primera comunión.
Se debe tener en cuenta el caso individual o pastoral común ...
Eso pide por parte de los padres, catequistas y sacerdotes de la delicadeza y mucho discernimiento para distinguir a los que han alcanzado esta edad de razón y los que no están todavía preparados. En este caso hay que notar: la Eucaristía puede darse a los niños que están en peligro de muerte, si son capaces de distinguir el Cuerpo de Cristo del alimento ordinario y de recibir la comunión con respeto.

¿SE PUEDE COMULGAR HOY SIN CONFESARSE?

¿Hay que estar limpios de todo pecado para poder comulgar? ... ¿Se requiere la confesión antes de cada comunión? ...

¿Pecados « veniales» o « mortales»? ...

La Iglesia desde el Concilio de Trento distingue los pecados « mortales » d de los pecados “veniales”».

Juan Pablo II insiste de Nuevo hoy en esta distinción que para muchos cristianos está superada.

Los pecados llamados «mortales» son los suficientemente graves que destruyen en nosotros la gracia y la obra de Dios y que sólo pueden remitirse por el sacramento de la Reconciliación.

Los segundos llamados « veniales» o ligeros u ordinarios pueden perdonarse por el arrepentimiento sincero del que los ha cometido y no hace falta forzosamente confesarlos.

Ya san Juan hablaba de estos pecados « que no conducen a la muerte » y por los cuales « *basta rezar* » (cf. 1 Jn 5,16).

Este verdadero arrepentimiento pasa sin embargo por actos de arrepentimiento múltiples: en los inicios de la Iglesia los más frecuentes eran la oración, la limosna y el ayuno.

De un modo general, todo acto de caridad nos purifica de los pecados ligeros según esta parábola del apóstol Pedro « *La caridad cubre la multitud de los pecados* » (1 Pedro 4,8). Sabiendo que el pecado ordinario no nos hace perder la caridad al contrario del pecado mortal, todo lo que en nosotros reaviva la caridad nos perdona esos pecados ordinarios.

Los grupos de la oración comunitaria, la meditación y el compartir la Palabra de Dios, la relectura de su vida con un sacerdote o equipo...pero también los gestos externos de piedad en el curso

de la misa, la oración del Padre nuestro « *perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden* » dicha con sinceridad, son medios de reavivar en nosotros el fervor de la caridad que nos libera de estos pecados cotidianos.

Eucaristía nos separa del pecado

Pero son sobre todo los sacramentos y en particular la Eucaristía los que nos separan del pecado en nosotros purificándonos de los pecados cometidos y preservándonos de los pecados futuros.
Necesitamos comulgar para preservarnos incluso de los pecados veniales.
Como dice san Ambrosio, « *cada vez que lo recibimos (en la Eucaristía), anunciamos la muerte del Señor (1 Cor 11,26).*
Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que su Sangre se derrama, se derrama por la remisión de los pecados, debo siempre recibirlo, para que perdone mis pecados.

Al principio de la misa, cuando recitamos el “Yo confieso a Dios”, nos acordamos que el sacramento de la Eucaristía nos purifica de los pecados ordinarios. Además, como cada comunión aumenta

en nosotros la caridad, contribuye a preservarnos del pecado mortal.
Habría muchas ventajas en recordar a todos los creyentes esta doctrina muy antigua de la Iglesia según la cual los pecados mortales son perdonados necesariamente por Cristo a través del sacramento de reconciliación, y que muchos pecados veniales se perdonan de múltiples modos y en particular con la comunión del Cuerpo de Cristo.

¿QUIÉN PUEDE DAR LA COMUNIÓN?

¿Hace falta una preparación especial para los laicos que dan la comunión o está reservado a los consagrados? ... ¿Se puede siempre «recibir » la comunión? ...Se ve a veces en pequeñas asambleas de las prácticas un poco especiales: el Cuerpo de Cristo circula entre la asamblea y cada uno comulga si lo desea.

La Iglesia prevé que el encargo de distribuir la comunión pueda darse de modo estable a un hombre o mujer laicos.
En la realidad, se emplea poco si hay suficientes sacerdotes y diáconos. Sin embargo también está previsto que donde haga falta, la Iglesia les dé el permiso a los laicos para distribuir la comunión.
La mayor parte del tiempo se pide a laicos dar la comunión para disminuir el tiempo de la procesión de comunión.

Por ejemplo, si un solo sacerdote tarda media hora en dar la comunión a todo el mundo, ni que decir tienen que hace falta delegar al menos a dos o tres fieles para no cansar la paciencia de la asamblea. Si hay poca gente, la da el sacerdote.

¿SE PUEDE REHUIR DAR LA COMUNIÓN?

En algunos casos, el sacerdote puede y debe rechazar dar la comunión a una persona que se acerca a recibirla.
Si sabe con certeza que este o aquella que se presentan delante, está en estado de pecado permanente, debe rechazar a esta persona la comunión, a menos que piense que este rechazo provoque escándalo público.
Pero puede suceder también que en una comunidad pequeña en la que la gente se conoce, se dé el hecho de dar la comunión a un pecador grave reconocido y persistente con su escándalo. En este caso, el sacerdote debe rechazar la comunión a esta persona.

SI NO PUEDO COMULGAR, ¿ME CONDENARÉ?

Absolutamente no. La Iglesia nos enseña que no hace falta comulgar cuando se tiene conciencia de

haber “cometido” un pecado grave. Pero eso no significa que se esté en estado de pecado grave. Se puede perfectamente estar "excomulgado" y "en estado de gracia".

¿Por qué? ... Porque para que un pecado sea grave, no basta que la materia del pecado sea grave: hace falta también que el pecado haya sido cometido consciente y voluntariamente. Si robo un pan porque me muero de hambre, no es pecado, aunque el robo sea contrario a uno de los mandamientos de Dios: porque mi intención no era robar, sino supervivir.
Imaginad un iceberg. Como cada uno sabe, sólo una ínfima parte del emerge fuera del agua.
La parte más grande del iceberg está oculta, disimulada.
El, pecado se parece a eso: hay falta, la que todos los juiciosos ven y juzgan en seguida. Pero la realidad del pecado se disimula ante cualquiera menos ante Dios.
En nuestra conciencia. Es la parte escondida del iceberg. Y también la más importante a los ojos de Dios. Por eso no es preciso juzgar.
Si pues nadie puede juzgar el pecado de su cecino, ¿por qué le Iglesia se permite rechazar a ciertas personas-como los divorciados vueltos s a casar – el acceso a la comunión? ...
Hace falta ante todo recordar aquí un principio fundamental de nuestra fe: nadie en el mundo puede pretender tener un derecho absoluto en los sacramentos. La Iglesia tiene el deber de

distribuirlos. Pero no tenemos que reclamar el sacramento como algo debido. El sacramento es un don de Dios. Don comprado por Cristo al morir por nosotros en la cruz.

Sólo queda la Iglesia, como una luz que guía nuestro camino. Ella debe ayudarnos a hacer el bien y evitar el mal. Por eso nos recuerda algunas normas objetivas que nos permiten determinar la gravedad de nuestras faltas. No hace eso para castigarnos, sino al contrario: es para evitarnos que caigamos en el riesgo de cometer una falta todavía más grave o bien provocar un escándalo en la comunidad cristiana.

Eso puede llevar, desgraciadamente, a algunas paradojas, que pueden sentirse por los fieles como injusticias: un hombre que vive en concubinato no puede comulgar, aunque viva quizá en estado de gracia. En la misa, ve comulgar a uno de sus vecinos, que es campeón de calumnias maledicencias de todos los géneros. «*¿Por qué éste tiene derecho a comulgar y yo no? ... » se dice con amargura*.
De hecho, este ultimo no debería haber comulgado, pues su pecado es muy grave, sin duda más grave que el del primero. El concubinato es un pecado contrario a los mandamientos de Dios. Y la Iglesia tiene el deber de recordárnoslo. Para nuestro bien...
Nuestro orgullo nos empuja a menudo a cometer dos errores, aparentemente opuestos, pero muy ligados: la pretensión y la desesperanza. La pretensión, es

mofarse de los mandamientos de la Iglesia autojustificándose de una u otra manera: *«De todas formas, Dios me perdonará; la Iglesia se equivoca etc. »*. La desesperación es abandonar toda esperanza de salvación - y por tanto toda práctica religiosa – pensando que de todas formas *«estoy condenado »*...

Pero existe una tercera vía que es la propia de nuestra fe cristiana: la esperanza. Es decir, la confianza absoluta en la infinita misericordia de Dios. Creer, contra toda esperanza, que Dios es amor, y manifestar esta esperanza aceptando humildemente las limitaciones que me da la Iglesia, no para castigarme, sino para impedirme cometer otras faltas.

La gracia de Dios no se limita a los sacramentos.

La confesión, ¿es un tribunal un poco masoquista, no?

Es verdad que hoy la confesión se ve por muchos creyentes como una especie de tribunal ante el cual uno se acusa de todos sus pecados. Visto así, es una auto-humillación, una especie de auto-flagelación. Nada de terrible, y no muy tentador, es cierto.

La Confesión, signo de Amor del Padre

Entonces intentemos ver la confesión (o sacramento de reconciliación) de otro modo y sencillamente como es : al confesarse, no se va al tribunal a encontrar un juez sino a Dios que nos ama.

Y justamente Dios porque nos ama más que todo, quiere ayudarnos a avanzar hacia él. Sabe hasta qué punto es difícil el camino, y que se hace mal ... Pero nos ama demasiado para hacer el camino en nuestro lugar.
Entonces, ¿qué es la confesión? ... Es sencillamente decir a Dios estas dificultades: Señor, lo sabes todo, ven en mi ayuda, ven pronto en mi socorro, sin ti no llegaría... pero sé que contigo, todo es posible. Señor, conoces mis debilidades, mi pecado:
Helas aquí, te las ofrezco (no como un alto regalo, por así decirlo). Pero justamente... se ofrecen estas debilidades para que de ellas se haga una maravilla de amor y poder al decir de san Pablo "cuando soy débil, es cuando soy fuerte.

La realidad y el perdón de Dios son tales que efectivamente somos re-creados
Es la famosa alegría del padre del hijo pródigo del Evangelio: "este es mi hijo que estaba muerto y ha vuelto a la vida." El sacramento de la reconciliación es una resurrección para el que lo recibe. En efecto, Dios restableció al hombre en su dignidad de hijo de Dios, hijo del Padre. La alianza entre el hombre y Dios que se había roto con el pecado, se restablece. El pecado no tiene efecto en este nivel. Es la obra de la gracia de Dios.

La Confesión, nueva salida al camino del Padre.

Sin embargo la confesión no es un golpe reparador: el combate contra el mal continúa a menudo, se recae en los mismos pecados... No se siente embarazado o molesto fácilmente de sus malos hábitos. Si el pecado se perdona, se borra, sus malas consecuencias pueden proseguir. Hace falta todavía que curen nuestras facultades, nuestras pasiones, nuestros deseos...
Por eso, la paciencia y la confianza son indispensables. Dios nos ha rescatado y reconciliado con él. Nos ama y no nos abandona. Va a ser preciso luchar, apoyarse en su gracia, tomar medios humanos y divinos para erradicar hasta la raíz del pecado. Así nos llama a la humildad: sin él no podemos nada. Hay que decidir elegirlo a él, seguirle, amarle por encima de los obstáculos y la dificultades del camino. Un niño que aprende a marchar avanzando hacia su Padre cae forzosamente. Pero lo importante es que se levante siempre-sin desanimarse – para reemprender su camino... seguro de que en el camino, Dios ayuda siempre.

¿POR QUÉ CONFESARSE CON UN SACERDOTE Y NO DIRECTAMENTE CON DIOS?

« Sabemos que Dios nos perdona, ¿por qué ir a un sacerdote? ...Por otra parte, ¿no es más sincero dirigirse directamente a Dios ... »

En las religiones arcaicas hay especialistas de lo sagrado (hechiceros, magos, mediums...) que son los únicos en poder servir de intermediarios entre la divinidad y el pueblo, entre el « cielo »y la tierra.

Un solo Mediador: Cristo

El Evangelio ha suprimido esta concepción de la religión. En adelante no hay ya lugar para intermediarios, pues « *hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, un hombre, Cristo* ». [1]
Al mismo tiempo el Evangelio afirma así que Jesús está por encima de todo Nombre dado a los hombres por el que podamos salvarnos» [2] Es la gran revelación que se nos ha dado el Jueves Santo, gracias a las cuestiones de los apóstoles Tomás y Felipe. No sabemos el camino ... Jesús responde: « *Yo soy el camino, y la verdad y la vida* »

¿Quién puede mostrarnos al Padre, y hacernos ver al Dios invisible? ... Jesús responde: « Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*... Nadie puede ir al encuentro del Padre sino es por mí* » [3].

Ir « directamente » a Dios no tiene nada de cristiano.

Por consiguiente, a pesar de las apariencias, la idea de ir « directamente » a Dios no tiene nada de cristiano. Se lo encuentra por otra parte a menudo en todo lo que gira en torno a la Nwe Age, en diversos programas de desarrollo personal o de un despertar espiritual.

De hecho por esta actitud, el hombre tiene la pretensión de ser su sacerdote propio, de tener un saber o un poder que se toma a Dios en serio, salvarse a sí mismo, a fuerza de concentración. ejercicios o buenos sentimientos.

El sacerdote mantiene el lugar de Cristo

Si Jesús es el único Mediador entre Dios y los hombres, tiene su importancia para la reconciliación del pecador con Dios. En la Biblia, el perdón y la curación del paralítico llevado por cuatro hombres lo muestra muy bien. Jesús corta de raíz las murmuraciones de ayer y de hoy a las contestaciones de los escribas y de los fariseos. Anuncia la buena nueva: el perdón no es ya una realidad celeste e inaccesible, es en adelante un acontecimiento terrestre e histórico, pues «el Hijo del Hombre tiene el poder en la tierra de perdonas los pecados. ». Y además: « Un tal poder se ha entregado a los hombres>>. [4].

Eso significa que tras los Apóstoles, los sacerdotes reciben la misión, y por tanto el poder, de perdonar los pecados. No hay ninguna especie de magia. Los sacerdotes no ocupan el lugar del único Salvador: conservan su lugar,

que es muy distinto. Dios se ha hecho hombre para salvar a los hombres: así Cristo resucitado no quiere renunciar a este contacto de hombre a hombre. La gracia de Dios quiere tocarnos realmente y no sólo mentalmente.

¿Por qué confesarse con un sacerdote y no dialogar directamente con Dios? ...

« *Recibid el Espíritu Santo: los pecados serán perdonados a los que se los perdonéis, y retenidos a quienes se los retengáis* » [5].

Los sacramentos: camino más directo para encontrarse con Cristo

Al igual que Cristo es el camino más directo para ir al Padre, los sacramentos de la Iglesia son el camino más directo y más seguro para encontrar a Cristo. Pretender recibir el perdón « directamente »es en realidad perdonarse a sí mismo, justificarse confiándose a pensamientos bellos o a sentimientos buenos que se puedan tener. Por supuesto, está bien tomar conciencia del amor misericordioso del Señor y dejar crecer en sí un verdadero movimientos de arrepentimiento. Es el mismo punto de salida de todo paso al sacramento de la reconciliación. Pero lo esencial es el encuentro. Como en el evangelio acontece a Zaqueo: « Hoy ha entrado la salvación en tu casa. Tiempo de gracia en el que en un momento preciso, la misericordia encuentra mi pecado. Ponerme simplemente de rodillas, y dejar que Cristo me diga: « Yo te perdono» Sucede en eso algo que cambia y trastorna.

El sacerdote: testigo del Amor

Así el sacerdote no está para investigar nuestros pecados numerosos. Está en nombre de Cristo para decirnos hasta qué punto Dios nos ama, después para ayudarnos concretamente a levantarnos, a encontrar medios para no volver a caer... Por otra parte, él tiene “una gracia especial” para olvidar. Cuando se ama a alguien de todo corazón, ¿se piensa todavía en el mal que nos hizo, una vez que se le ha perdonado? ...
Si sí, es que nuestro perdón no era sincero.
En fin, todos los hombres sin excepción conocen dificultades y se dirigen a un sacerdote:
Entonces, ¿por qué nos va a mirar de forma diferente después de habernos confesado? ...
[1] 1ª carta a Timoteo 2,5.
[2] Hechos de los Apóstoles 4,12.
[3] Juan 14,5-11
[4] Comparar con Marc 2,10-12, Luc 5,24-26 y Mateo 9,6-8
[5] Juan 20,22-23

¿CÓMO PREPARAR UNA BUENA CONFESIÓN?

« La tarde Pascua, el Señor se mostró a sus Apóstoles y les dijo: Recibid al Espíritu Santo.
A los que perdonéis los pecados, les quedan perdonados. A quienes se los retengáis, les quedan retenidos » (Jn 20, 22-23).
¿Para qué sirve la confesión? ...

La confesión es una cita de amor con Dios. Dios no condena nunca. Es in duda una de las características más flagrantes de Jesús en el Evangelio: a diferencia de los fariseos, él no CONDENA NUNCA A LOS PECADORES. Al contrario, es a ellos a quienes les ofrece su amistad en primer lugar. La confesión es pues ante todo una reconciliación entre Dios y nosotros.
Pero está en este sacramento: Para hacer crecer una planta, el jardinero debe no sólo velar por sus ingredientes (luz, calor, agua...) sino que debe también cortar las malas hierbas. La confesión es eso: quitar las malas hierbas que son obstáculos para nuestra felicidad personal. Es el trabajo delicado de Cristo en nuestra alma.

A veces, tenemos miedo de nuestros pecados. Pensamos que Dios es como nosotros...y por tanto nos sentimos mal en darnos cuenta de que verdaderamente puede perdonarnos. En lugar de ser dóciles, ponemos resistencia a Dios. Es como cuando si cortáramos un vidrio con la palma de nuestra mano... Así somos cuando tenemos miedo a

Dios: observad qué absurda es este reacción pues Dios no nos quiere castigar...sino cuidarnos.

¿Cómo se desarrolla una confesión? ...

Para que una confesión sea válida, hay que cumplir algunas condiciones necesarias, que prueban nuestro deseo verdadero de conversión:
La CONTRICIÓN: Entre los actos del penitente, la contrición es la primera. Es un dolor del alma y un rechazo del pecado cometido con la resolución de no pecar en el futuro. Conviene preparar la recepción de este sacramento mediante un examen de conciencia hecho a la luz de la Palabra de Dios. Los textos más adaptados pueden ser: Sermón de la montaña, las enseñanzas apostólicas (cf. Rm 12-15 ; 1Co 12-13 ; Ga 5 ; Ef 4-6).

LA CONFESIÓN DE LOS PECADOS : La confesión de los pecados, incluso desde un punto de vista humano, nos libra y facilita nuestra reconciliación con Dios y con los demás. Por la confesión de sus pecados, el hombre mira de frente los pecados de los que es culpable; asume su responsabilidad y se abre de nuevo a Dios y a la comunión de la Iglesia para hacer posible un nuevo porvenir.
La confesión al sacerdote constituye una parte esencial del sacramento de la Penitencia: «Los penitentes deben, en la confesión, enumerar todos los pecados mortales de los que tienen conciencia

tras haberse examinado con esmero, incluso si estos pecados son muy secretos. » No hay que ocultar algunas faltas, pues "si el enfermo enrojece en descubrir su llaga al médico, la medicina no cuida lo que ignora" (S. Jerónimo, Eccl. 10,11). La Iglesia recomienda además confesarse al menos una vez al año

Y no recibir la eucaristía si se tiene conciencia de haber cometido un pecado grave.

¿Cómo prepararse bien para la confesión? ...

LA SATISFACCIÓN: Muchos pecados causan daño al prójimo. Hay que hacer lo posible para repararlo (por ejemplo restituir cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar heridas). La simple justicia exige eso. Pero además, el pecado hiere y debilita al mismo pecador, así como las relaciones con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado ha causado. Quitado el pecado, el pecador debe aún lograr la plena salud espiritual. Debe hacer algo de más para reparar sus pecados: debe "satisfacer" de manera apropiada o "expiar" sus pecados. Esta satisfacción se llama "penitencia".

¿CÓMO PREPARAR SU CONFESIÓN? ...

Para ayudarnos a esclarecer nuestra conciencia, se impone un buen examen. He aquí una pequeña guía para ayudarte en tu examen:

1. ¿Ocupa Dios el primer lugar en mi vida o soy como esos hipócritas que ponen siempre condiciones: « Hágase tu Voluntad...con la condición que corresponda a la mía» ...¿Me he confesado al menos una vez durante el año? ...¿He respetado los ayunos indicados por la Iglesia? ...¿He ayudado a la Iglesia en sus necesidades? ...
2. ¿He faltado el respeto a Dios: en la Iglesia, por ejemplo, me he comportado mal? ...
3. ¿Soy consciente de que el domingo así como los días de fiesta la obligación pertenecen a Dios? ... He respondido a su llamada estando presente en misa? ... ¿Me he preparado bien para recibir la comunión? ...
4. ¿He faltado el respeto o el amor a mis padres? ...
5. ¿He matado a alguien? ... ¿He cometido o animado a alguien a cometer un aborto? ...
6. ¿He cometido actos impuros solo (masturbación) o con otro/a (fornicación) ...
7. ¿He robado? ... ¿He pasado conscientemente de las reglas impuestas por la seguridad y los servicios de orden de mi país? ...
8. ¿He mentido? ... ¿He arreglado las cosas a mi modo? ...¿He ocultado la verdad? ...
9. ¿He manchado mi imaginación y mi corazón con pensamientos impuros? ...¿He mirado imágenes obscenas? ...
10. ¿He dejado crecer en mí el celo por lo bienes de los demás?

VOCACIÓN: ¿CÓMO DISCERNIR MI VOCACIÓN?

Un seminarista, un novicio o novicia es una persona libre. Para poder estar a la escucha de la llamada del Señor, he aquí algunas ideas y sus etapas:

Vida sacramental muy regular y fiel en el tiempo (eucaristía diaria y confesión mensual). Es la vida de Dios en nosotros: es fuente de gracias abundantes ; permite ante todo atravesar las pruebas que son a menudo una cita durante el discernimiento.

Oración personal diaria. Tomar tiempo para la adoración regularmente: es el lugar del diálogo con el Señor. Hay que hacer este encuentro íntimo y personal con Jesús y su amor infinito: Es el amigo verdadero que camina con nosotros.

Acompañamiento espiritual indispensable y frecuente (confianza recíproca, hacerle una petición clara de dirección espiritual que acepte, pasos de oración, libertad de un cara a cara con el otro ...). Además, este acompañamiento te ayudará a descubrir la acción del Señor en tu vida desde tu infancia.

Lectura: sobre todo la palabra de Dios, y la vida de los santos ...El Señor también nos habla a través de su palabra y el Evangelio nutre nuestro amor por él.

Formación: esta etapa no es indispensable en un primer momento. Pero el encuentro con Jesús da a menudo sed de una formación intelectual. El

conocimiento de Cristo amarlo mejor. Al amarlo más, podemos imitarlo mejor y transmitirlo.

Compromiso eclesial. El amor de la Iglesia debe pasar por el servicio gratuito de sus hermanos, por el don de sí (scoutismo, caritativo, liturgia, organización de grupos de oración, peregrinaciones, compromiso en la parroquia ....).

Dominio de su vida. Madurez humana y espiritual. Tener su vida a manos y ser libre frente a su empleo, su familia, sus amigos ...y la opinión del mundo.

Retiros. Tiempos largos (un fin de semana no es suficiente, una semana es mejor), los ejercicios espirituales de san Ignacio son muy aconsejados. Buscar el silencio, ir al “desierto” para escuchar lo que Dios pone en el corazón. Es indispensable saber hacer stop y captar el ritmo loco de la vida urbana.

Ayudas suplementarias: ser seguido por el servicio competente de las vocaciones de la diócesis, participación en sesiones de oración para las vocaciones, peregrinaciones o marchas para las vocaciones, tríduo pascual o algunos días en un seminario o en una semana en una comunidad ... El Señor da a menudo una gran paz cuando nos llama.

Algunas trampas clásicas :
Tener miedo de no ser digno o capaz. Asegúrate y toma conciencia de que todos somos pobres pecadores ...

El Señor nos conoce bien y nos dará lo que necesitemos para la misión que nos confíe.

Aguardar eternamente un signo o una confirmación clara del Señor. No, el Señor deja a sus hijos libres... No hará nada que entorpezca nuestra libertad. Es en el fondo de nuestro corazón en donde hay que buscar el proyecto que tiene para nosotros y nos colmará de alegría.
El orgullo. Hay que abandonarse a Dios. Deja a a Dios ser Dios.

¿ES UNA ILUSIÓN LA VOCACIÓN?

Nos enfrentamos con un problema real y angustiante: si Dios habla en la intimidad de mi corazón, y si una vocación es una llamada tan estrictamente personal, ¿cómo puedo saber si lo que siento no es sólo el producto de mi imaginación calenturienta, el trabajo de mi hipersensibilidad que me hace creer que si se trata de Dios? ...

He aquí algunos pasajes del Nuevo Testamento sobre los cuales podemos reflexionar juntos y pueden ayudarnos: Luc 18,9-14 ; Hch 9 ; Luc 14, 28-32.

NUESTRA IMAGINACIÓN

JESUCRISTO estaba inquieto por la idea de que sus s discípulos fueran inducidos por el error das las faltas frecuentes a las que nos expone nuestra naturaleza humana. Había constatado cómo vivían algunos, encerrados en su mundo desde el momento y hora que se trataba de temas religiosos. Vivían en un sueño, pensando que tenían la verdad siendo a sí que no la tenían. Y porque pensaban eso, miraban a los demás por encima, juzgándolos en el error. Los trataban como pecadores y los despreciaban. Cuando vio eso, les dijo una parábola, la que llamamos el Fariseo y el Publicano. La conoces, pero para refrescar tu memoria, toma el Evangelio de Lucas y lee el capítulo 18, versículos 9 a 14. La historia es muy viva y fácil de imaginar.

Es una muestra perfecta de la naturaleza humana, como lo sabemos por experiencia. Dos hombres van al templo a orar. Uno de ellos está lleno de sí mismo. De pie, reza explicando a Dios lo grande que es. Para demostrarlo, no describe solamente sus largos y maravillosos ayunos y la manera perfecta de cumplir las obligaciones de la ley, pero además,-de paso-, se compara a los demás que, según él, están lejos de ser tan buenos como él, los pecadores y miserables de la humanidad, los que no merecen nada más que desprecio. Pero él es un santo.

Dios haría mejor en darse cuenta cuánto ha ganado para él. Durante este tiempo, el otro hombre casi se oculta, y no se atreve a acercarse, o incluso mirar al cielo. Todo lo que hace, es golpearse el pecho y pedir perdón a Dios, pues se reconoce pecador.

Según Cristo el Segundo hombre volvió justificado, el primero no. Mira sobre lo qué reflexionar: el experto estaba equivocado.

El Fariseo

En Israel, los fariseos eran los expertos para el cumplimiento de la ley. Eran los santos y su nombre significa “los separados”. Dicho de otra manera, su lucha por la justicia y la santidad los apartaba del judío medio. No era fácil ser un fariseo, eso imponía ayunar, rezar y aplicar, con una fidelidad escrupulosa, muchísimas leyes. Era complicado y penoso. Se comprende que un hombre que realiza todo eso se crea superior a los demás. Se puede esperar que un hombre que hace esfuerzos tan sostenidos y que pasa por tales extremos busque el reconocimiento y el respeto. Quiere sentir que eso vale la pena y que todos compromisos que acepta lo hagan mejor, más santo, más perfecto. Quiere pues estar seguro de que la gente lo vea rezar, hacer limosna, ayuna, lo admiran y contemplen su meticulosa religiosidad. Y parece que empezó a pensar que la misma justicia de Dios lo admirara como servidor y el orgullo de Israel.

Es denigrante de darse cuenta que lo que él pensaba que era un acercamiento a Dios, una

justificación, lo llevaba, de hecho, a una dirección opuesta. Eso lo separaba, no de los pecadores como creía, sino de Dios al que pensaba honrar.

En otros términos, se equivocaba.
Mezclaba sus ideas subjetivas y sus sentimientos, en los que creía firmemente con el punto de vista de Dios. Pensaba que evidentemente Dios debía ver las cosas como él. Dios debía seguramente saber que era un hombre justo y recto. Es un error fundamental y podemos hacerlo todos. Muchas y muchas veces. Nos metemos una idea en la cabeza, y nos imaginamos que Dios debe ver la misma cosa que nosotros. Eso no va. Nuestros complejos y obsesiones pueden engañarnos. Como lo describe Cristo respecto a los fariseos con una exageración coloreada, filtramos y tragamos todo en su lugar. Los fariseos se molestaban en definir precisamente lo que era el trabajo para no hacerlo en el Sábado. Se preguntaban si era trabajo llevar un peso suplementario sobre sus pies poniéndose las sandalias para ver si se podían llevar o no el Sábado para no estar fuera de la ley. Sin embargo, como Cristo se lo dijo, de paso, han olvidado la esencia de la ley, es decir, la misericordias (quiero misericordia, no sacrificios, les dijo citando contra ellos el Antiguo Testamento).

Consecuencias

¿Hay un lazo entre la vocación y todo eso?... Pues bien, sí, existe un lazo sólido con el proceso de razonamiento que lleva a una vocación e incluso el lazo existe cada vez que intentamos comprender lo que Dios nos dice verdaderamente.

La lección conclusiva de este pasaje del Evangelio es que somos siempre tentados de pensar de modo subjetivo, fabricando nuestros propios remedios y verdades que pueden a veces ser completamente erróneas. El solo hecho de que pensemos algo y seamos sinceros, no significa que sea justo. El fariseo estaba profundamente convencido de que tenía razón y era mejor que el publicano, y sin embargo no lo era. El fariseo pensaba que estaba justificado, santo al dejar el templo, contrariamente al publicano; sin embargo Cristo nos muestra que no era así. Era, de hecho, el publicano quien se justificaba. La moral de la historia es que podemos fácilmente separarnos por nuestro orgullo y pensar que sabemos resolverlo todo. En realidad la única manera de ser librados de este peligro es la humildad que nos lleva a Dios y a pedirle que nos ayude a discernir si es él quien nos llama. Es algo que no podemos resolver solos.

Ayuda externa

Veamos lo que sucedió a san Pablo y cómo encontró el significado (Hechos, 9) de Saúl, el nombre de Pablo en el momento de esta historia, perseguía a la Iglesia. Observad bien que no se trataba de una suave crítica o de un enemigo

habitual. Saúl de Tarso encendía llamas. Sólo respiraba amenazas y luchas contra los discípulos del Señor. La gente temblaba ante la sola evocación de su nombre. Lo hacía todo legalmente. Lograba órdenes y atacaba duramente. Encadenaba a las mujeres y a los hombres y los llevaba a Jerusalén.

En este tiempo nadie se oponía a la pena de muerte. No había ninguna posibilidad de escapar a su celo. En tiempos de una de esta misiones, Pablo, al no respirar nada más que amenazas y encarnizamientos, se dirigió a Damasco para perseguir a los cristianos. Fue entonces cuando Dios intervino. De camino, lo envolvió un gran resplandor, lo tiró a tierra y oyó una voz. Era Jesús que le preguntaba que por qué lo perseguía. Esto podría parecer el momento crucial para que Cristo le explicara todo a Saúl.

Había conseguido atraer su atención. Las palabras de Cristo resuenan extrañamente, vistas las circunstancias. En lugar de darle ventaja, Jesús dijo a Saulo: “levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”. Saulo no protesta. Se levanta y hace lo que se le dice. Además, tiene la amarga sorpresa de quedarse ciego. ¡Qué humillación para este combatiente inflamado y molesto por ser llevado de la mano! Debió, como soldado, sentirse humillado. Saulo no sabe lo que va a pasar. Está perdido y obedece. Espera. Ayuna. Podemos estar seguros que reza. Y la única respuesta que aguarda de sus oraciones es recibir instrucciones de alguien. Esta persona será Ananías. Este tuvo una visión de

Cristo. Se comprende que haya tenido algunas reticencias en hacer lo que Jesús le mandaba. Pues el Señor le decía que recibiera a Saulo. Ananás conocía la espantosa reputación del perseguidor. Ir a verlo era una misión muy peligrosa que nadie querría.

Es pues natural que proteste y que llame a Cristo quién era verdaderamente este hombre. Pero Cristo insiste.
Ananás va allí, pensando probablemente que su último día había llegado.. Ananás libra a Saulo con este simple mensaje: Saulo, el que me envía, es el Señor, ese Jesús que te ha aparecido en el camino y me envía para que te cure la vista y te llene el Espíritu Santo. El Nuevo Testamento añade que tan pronto como se le cayeron las escamas de sus ojos, recobró la vista material. Pero estas escamas espirituales se cayeron también de su alma. Se levantó y se bautizó, y comprendió por la fe que Jesucristo era el Hijo de Dios. Su alma adquirió una nueva visión espiritual.

Esto es importante para nosotros. Dios le dio la fe por el camino y por el intermediario del hombre enviado por Cristo que le explicó lo que había ocurrido en el camino. El mismo Pablo necesitaba de alguien para ayudarle a comprender lo que vivía.

Hacer trabajar también a la cabeza

Hay otro pasaje en el evangelio. Jesús les habla a sus discípulos de los sacrificios que tenían que

hacer para seguirlo. Les dijo que reflexionaran seriamente y con realismo...Y les contó la parábola de los constructores y del rey que prepara una guerra. (Luc 14, 28-32)

Pero para comprender bien esta pasaje, hay que añadir el que dice: Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible. (Mateo 19,26). Con Cristo no es nunca una simple cuestión de número de hombres o de cálculos, pues el realismo del Evangelio es un realismo que no funciona independientemente de nuestra fe. Debemos prever, hacer cálculos, buscar si lo que nos proponemos es factible. Pero al mismo tiempo, no deberíamos nunca pensar como los hombres sino según Dios. La gracia de Dios es un elemento esencial a tener en cuenta en nuestro discernimiento.

Conclusión

De lo que precede, está claro que en un momento de tu búsqueda, debes buscar la ayuda de un director espiritual. Debe ser alguien en quien tengas confianza. Muy a menudo el signo es que no tiene miedo en decir cosas que, a veces, no deseas escuchar. Debe sobre todo decirte si pierdes contacto con la realidad o con tu fe, mientras buscas hacer la voluntad de Dios en tu vida.

¿CÓMO PROCEDER PARA DISCERNIR EL PLAN DE DIOS SOBRE NOSOTROS?

Las cuestiones más cortas reclaman a veces las respuestas más largas. Pero con el riesgo de faltar a la precisión, este artículo va a ser sucinto y va a definir los puntos importantes que te permitirán avanzar.

La primera cosa es vivir el momento presente con buen sentido y no en una feliz futilidad del género “carpe diem” (vive el momento).
Dios se haré siempre presente a vosotros en donde él os aguarda. Estáis bautizados y por tanto os toca encontrar la obra que lleve vuestra vida de gracias que eviten el pecado. El espera de vosotros encontraros en sus sacramentos: Confesión, Eucaristía y en la oración. Os ha dado a su madre para ser la vuestra y es junto a ella donde él os buscará. También, en cuanto bautizados, tenéis otros deberes, otras obligaciones, los estudios, la familia y otros. Y si vivid lo que se espera de vosotros, vuestro deber de estado, seréis mucho más en disposiciones para entender su voz.

Os ha dado cualidades humanas y posibilidades. Os aguarda en la práctica de estas posibilidades.

La segunda cosa será tener confianza en Dios.

El no representa una comedia con vosotros. Estad atentos con una fe absoluta.
En fin, un punto crucial es estar listo para decir sí suceda lo que suceda.

Dios necesita de vosotros. Por mucho que se diga, es la parte más importante del discernimiento. El problema no es tanto ver lo que Dios quiere, sino la falta de voluntad para hacerlo.
Ensayad en dar un paso más, y más allá de pedir a Cristo que se sirva de vuestra disponibilidad, donde y cuándo lo desee ; ofrecerle los esfuerzos más difíciles. No os inquietéis, esto no tan simple, entonces no os alarméis si no veis claro al principio.

La etapa siguiente será constructiva. Dad un giro de horizonte. Ved lo que Dios ha hecho por vosotros, hasta dónde, hasta qué estadio os ha conducido, lo que ha puesto en vuestro corazón. Por mucho que la seducción hacia la cual vuestra vida es atraída, se encuentran presentes en vuestro corazón con otros deseos como el de servir a vuestro Dios, salvar las almas etc....¿No es verdad? ...Dadles una salida a estos deseos y mirad la vocación específicamente haciendo un retiro, buscando el lugar que os interese, eligiendo un director espiritual.
En fin, considerad el lado práctico en el caso en el que tengáis dudas que solucionar, estudios que terminar etc,... y sin cesar no abandonéis la oración, la ofrenda de vosotros mismos. Esperando que eso os ayude, Dios os bendiga.

¿CÓMO DISCERNIR SU VOCACIÓN?

A lo largo de los años, he tenido a menudo la ocasión de hablar con jóvenes que intentaban discernir si tenían vocación al sacerdocio o a la vida consagrada. He debido a veces decirles, con gran sorpresa y consternación para ellos, que hacían un camino falso, que no era el discernimiento del que tenían necesidad, sino de otra cosa.

Me explico: (antes de que pienses que tengo algo contra las vocaciones).
El gran problema del discernimiento- al menos como muchos lo ven- es el siguiente: muy frecuentemente, transformamos lo que debería ser una conversación acerca de lo esencial con Dios, una experiencia del soplo de Dios en nuestra propia vida, un impulso de nuestras aspiraciones más profundas y más nobles, en un examen frío, en un cálculo denodado de toda preocupación espiritual, un cálculo de riesgo, ventajas, preferencias, acompañado de una incesante búsqueda de signos. En lugar de alimentar la confianza, este género de discernimiento ahoga la llamada, priva nuestra búsqueda de todo impulso y rechaza al amor el lugar que debería tener en nuestras decisiones.

La naturaleza misma del discernimiento explica lo que acabo de decir, y también el hecho que en materia de vocación, el discernimiento es solamente uno de los elementos a tener en cuenta. Y puede ser aquel sobre quien tenemos menos control y sin embargo le prestamos más atención.

Un contexto integral

Una verdadera vocación no encuentra su fuente en nosotros, sino en Dios. Dios lanza una llamada. Desde el día en que nos ha creado, tiene para cada uno de nosotros un proyecto particular. Por consiguiente, Dios, en su Sabiduría hará todo para que recibamos suficientes signos y que este proyecto nos sea evidente.

Por otro lado, para que el plan de Dios se realice, debemos entender esta llamada y responder a ella.
Esta percepción y esta aceptación deben tener lugar en todos los niveles de nuestro ser, no solamente en el aspecto intelectual, sino también en el espiritual y emocional.
En el discernimiento, junto a la oración necesaria, hay que añadir la necesidad de racionalizar esta llamada y es ahí en donde se introduce el escepticismo que nos aleja de la verdad. Por ejemplo, no consideramos como un factor de discernimiento la parte de nuestra voluntad que acepte la llamada – ni la influencia de esta voluntad sobre nuestra capacidad de entenderla. En fin, no consideramos los obstáculos que puede haber en nosotros mismos. Sin embargo, todos estos

elementos tienen consecuencias inmensas sobre el discernimiento de nuestra vocación, y son a menudo los factores ocultos que son determinantes para su objetivo, feliz o desgraciado.

La clave del discernimiento acertado

El discernimiento se logrará si encontramos lo que Dios espera de nosotros, y luego si lo hacemos de verdad. Es evidente. No es difícil comprender cuán vano sería buscar nuestra vocación, sino tenemos el deseo de seguirlo.

Lo que algunos encuentran extraño, es que nuestra voluntad de seguir nuestra vocación sea un factor determinante en la acción de aceptar. Se sigue que nuestra voluntad de aceptarlo se convierte en un factor determinante de nuestra capacidad en descubrirla. El descubrimiento es una aceptación de orden intelectual del hecho de que la vocación está ahí. La aceptación es admitir que hay algo que hacer, y la acción es la consecuencia normal. Entonces es el amor el que triunfa.

No podemos evitar abordar el discernimiento con un cierto número de prejuicios y de sesgos, positivos o negativos. La indiferencia en este aspecto no está en la naturaleza humana. Previendo los sacrificios que habrá que hacer para responder a esta llamada, nuestra voluntad se pone a la defensiva, como un guardia frontera frente a una extraña sospecha: cuestiona largamente y luego permanece

prudentemente en la reserva, en espera de más informaciones.

Así, la apuesta real para una persona que discierne su vocación es la voluntad de responder “sí”, si existe una. El verdadero problema es adquirir este espíritu de consentimiento, esta sinceridad sin condiciones. Y esto debería ser nuestra inquietud más que el simple discernimiento.

Disponibilidad y obstáculos

Consideramos a menudo como de la disponibilidad el hecho de aceptar intelectualmente que Dios pueda llamarnos. Hay sin embargo otra forma de disponibilidad más útil. Esta consiste en la capacidad de decir verdaderamente a Dios « Haré todo lo que quieras que haga. »Es pues un fruto de la oración, y se expresa mediante una oración que es una ofrenda requerida .Este tipo de disponibilidad encuentra obstáculos importantes, de los cuales la mayoría están en nosotros mismos. La parábola del sembrador puede ayudarnos a discernir algunos de entre ellos. (cf. Luc 6,4-15)
El demonio viene y quita de su corazón la Palabra. Puesto que no lo hemos invitado, nunca consideramos al tentador como un participante en nuestra marcha. Pero de todas maneras, pone su grano de arena en los caminos. Acordémonos de Pedro. Mientras que siguió al Espíritu Santo, pudo ver (« discernir ») que Jesús era el Mesías, pero cuando pensó como piensan los hombres, fue incapaz de admitir la Pasión de Cristo y su muerte.

Cristo lo llamó Satanás porque estaba a punto de seguirlo.

Para discernir nuestra vocación, intentamos abrir a Dios nuestros espíritus y más difícilmente todavía nuestros corazones. Pero el enemigo, el padre de la mentira, hace todo lo que puede para oscurecer nuestro juicio y endurecer nuestro corazón. En ciertos momentos, la fría indiferencia que tenemos al lado del camino, hace que no ayudemos a los hermanos y hermanas que mueren de hambre y sed de Verdad. Todo es debido al espíritu del mal.

Y cuando atravesamos dificultades y pruebas, olvidamos a menudo que no son en sí mismas indicadores de la voluntad de Dios, sino que pueden ser debidas a la acción del espíritu del Mal, autorizados por Dios para nuestra purificación.
Las emociones. "Acogen la palabra con alegría, pero en el modo de la prueba abandonan."

¿Cómo discernir su vocación? ...

Las variaciones de nuestras emociones afectan a menudo nuestra disponibilidad. Un día daríamos nuestra vida por Cristo, y al día siguiente decimos no conocerlo. En un momento queremos saber lo que espera de nosotros, y un instante después rechazamos sus peticiones, muy entristecidos. Para

estar verdaderamente disponibles, debemos vencer la inestabilidad de nuestras emociones. Nuestra vida cristiana no debe ser del dominio de nuestras emociones, sino de aquel de las convicciones y del amor.

La atracción del mundo. Muchas cosas tocan a la puerta de nuestro corazón y de nuestro espíritu.
Tenemos instintos y pasiones que tienen su lugar en el plan de Dios, pero no son los árbitros decisivos de la verdad ni de la voluntad de Dios. Las preocupaciones, las riquezas y los placeres de este mundo ejercen en nosotros una enorme atracción. Hay un combate real que llevar, en el corazón de lo que somos: carne y espíritu.

La Palabra de Jesús nos pone en guardia contra el pensamiento que, del hecho que no hemos rechazado la voluntad de Dios, la hemos seguido necesariamente. La semilla no está perdida, no muere por falta de agua, y sin embargo no da frutos. Otras cosas se ponen en el camino y le impiden crecer. Es lo que sucede quizá más de una vocación posible. No nos atrevemos a decir “no” abiertamente , pero nos apartamos de una reflexión seria ocupando nuestros espíritus y nuestras energías con todas nuestras actividades, y dejamos así los ruidos del mundo nos invadan.

La buena tierra. Jesús da aquí una maravillosa descripción del hombre que puede verdaderamente responder a su llamada: tiene el corazón bueno y

generoso, el que, habiendo oído la palabra, la retiene y lleva fruto por su perseverancia. Esta descripción no debería ser la de cada uno entre nosotros... ¿No es eso lo que nos atrae entre los que nos codeamos y entre los santos de quienes tenemos historia ...

¡Cuán enriquecidos estamos todos por la buena tierra que la Palabra de Dios ha encontrado en el corazón del Papa Juan Pablo II o de la Madre Teresa de Calcuta, y qué frutos maravillosos nos han dejado por su perseverancia en la oración y en la caridad ; una perseverancia que los ha impregnado profundamente del Evangelio purificándoles su corazón de todo apego que podría haber ahogado la semilla! Cristo ofrece una invitación y un ejemplo a todos y a cada uno. Describe su proyecto para nosotros. Dice que somos capaces con su gracia.

Elementos de discernimiento

Aunque el discernimiento no sea el elemento más importante para triunfar en la búsqueda eficaz de su vocación, insistimos sin embargo en la necesidad de hacerlo correctamente.
La actitud personal. Con el riesgo de repetirme, diré que si estás asustado por lo que tu vocación entraña, te sería más difícil abrirte y aceptar lo que podría sucederte. Pero, ¡valor! Además de la oración hay otros medios que pueden ayudaros. Uno de ellos es encontrar gente que está en búsqueda como

vosotros (en comunidad, en un movimiento, en el seminario). Visítala, date cuenta de que tienen tu mismo error, que ha tenido sus pruebas y responde sin embargo a la llamada.

¿Cómo discernir su vocación? ...

Otro medio es ir a ti mismo. Visítate durante tiempo para tener una buena idea de la naturaleza exacta de esta vida. Si es Dios quien te desea, comienza por descubrir los apoyos que Dios os ha preparado por el camino de vida para que un pobre humano, débil como vosotros se convierta en capaz. Eso estimula verdaderamente una vocación.
Otro medio es eliminar todo narcisismo espiritual. Cesa de pensar en ti mismo y en tus dones. Piensa cómo podrías más bien ayudar a otros y a Cristo. No busques encontrar un consuelo personal.
Lee. Pero lee escritos espirituales: la Biblia, los Hechos de los Apóstoles, la vida de los santos. El heroísmo puede ayudarnos a cambiar nuestras actitudes. Pueden abrazar nuestros corazones.
Rezad para recibir luces. No hay gran cosa, efectivamente no hay nada que no podamos hacer para estar de acuerdo con Dios. Pero necesitamos la ayuda del Espíritu Santo. Sus luces vienen por el ejercicio de la fe que nos abre los ojos de la fe, que nos abre los ojos a toda una nueva iluminación. Si nuestro nacimiento es un acontecimiento debido al azar, quizá explicable por el concurso de algunas

circunstancias. Pero con la fe, vuestro conocimiento y vuestra vida son dones que Dios os ha dado...

El conocimiento de sí mismo. Tenemos un cierto grado de conocimiento de nosotros mismos, pero para estar seguros de no engañarnos, necesitamos la objetividad de una persona externa. Necesitamos de :
La dirección espiritual. Nos hace falta diversificar nuestros pensamientos y nuestras experiencias a alguien en quien tengamos confianza. Y luego hace falta tener en cuenta su opinión. Necesitamos también reconocer a los que se nos han dado. Esto significa:
La aceptación de lo ordinario. Hay una cierta tendencia en ir a buscar signos y experiencias extraordinarias. Pero hay ya signos ordinarios, al lado de los cuales corremos el riesgo de pasar, y sin embargo son oprimentes: el hecho de que hayas pensado en tu vocación, tu recorrido y tu experiencia espiritual, la Providencia en tu vida desde el don de la vida misma, hasta circunstancias en las cuales tienes que vivir, las bendiciones que Dios te ha dado, las pruebas que te ha permitido atravesar, todo eso te marca y muestra el camino por el cual Dios intenta llevarte.

Rechazar el escepticismo. El idealismo no está ya de moda. Nada extraño en una época que ha reducido el amor a las relaciones sexuales y la felicidad a la satisfacción de sí.

Para descubrir tu vocación y aceptarla debes soñar al menos tanto como un joven y una joven que van a casarse pronto. Debes soñar mucho en ello.
Para discernir tu vocación, hace falta desligar todo lo que te encadena a lo puramente pragmático, liberarte de la desconfianza que nuestra sociedad ha engendrado en ti. Hay que creer en una dimensión de la vida del hombre que no es tangible, a la dimensión del espíritu, a la sed de bondad y de verdad de un alma en busca de la santidad.

¿Cómo discernir su vocación? ...

Debes creer con entusiasmo que Cristo es más necesario a tus hermanos humanos que un barco nuevo, una segunda casa, un tercer coche o una futura promoción. Hay que creer que la sociedad tiene más necesidad de El que de viajes a la NASA, del EURO o de FMI. ¡Cuántos éxitos y felicidad se miden más arriba y no en esta vida! Creer en fin que la eternidad dura, mientras que esta vida pasa.

Es preciso que estés preparado sin duda para hacer lo que tus amigos consideran como una locura.

Equilibrio en el discernimiento

Parece claro de lo que precede que el primer paso en el discernimiento comporta dos aspectos que pueden interpretarse como contradictorios.
Uno es resolver un problema intelectualmente con la ayuda de la oración sin duda pero un problema hecho más difícil por mis cálculos. El otro es de

orden intuitivo ; se trata de reconocer algo que viene del interior, pero que es llevado mediante el corazón, que pone el acento en la fe, y que es a menudo desencadenado por un ejemplo vivo y una experiencia directa.

Los dos aspectos deben estar presentes. Las proporciones dependerán de cada persona, pero el análisis interior debe dar lugar al creyente, y el creyente debe tener cuenta del don de Dios que es la razón. Y nunca hay que olvidar que donde está nuestro tesoro, también está nuestro corazón que, a lo largo, da sentido a nuestras acciones. Finalmente, se trata de dar a Dios su lugar y hacer de él nuestro tesoro.